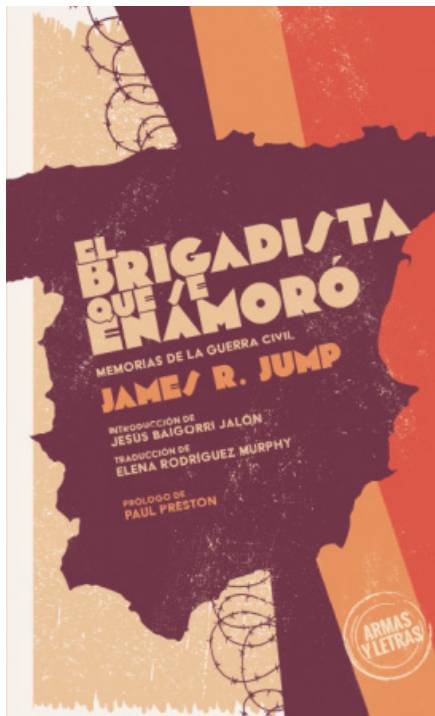


# El brigadista que se enamoró. Memorias de la Guerra Civil



---

JAMES R. JUMP, *El brigadista que se enamoró. Memorias de la Guerra Civil*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2024, 231 páginas.

---

Ana Díaz Domínguez | Universidad de Salamanca  
anadiazd@usal.es

En la introducción de *El brigadista que se enamoró. Memorias de la Guerra Civil*, Jesús Baigorri Jalón hace un apunte muy relevante acerca de los receptores del volumen, un detalle que *a priori* podría resultar evidente, pero que corremos el riesgo de pasar por alto en el clima actual, una sucesión vertiginosa de futuros eventos históricos que discurren con presteza por nuestra cotidianidad ya de por sí intrincada: apenas quedan personas que hayan vivido la Guerra Civil de primera mano y que vayan a poder leer estas memorias desde una «dimensión horizontal o co-generacional» (p. 24). Este libro, por lo tanto, añade un eslabón más a la cadena de difusión intergeneracional de la historia de España, algo que le otorga un gran valor si tenemos en cuenta que muchos de estos eslabones, sobre todo los que suponen los testimonios de personas de otros países que vinieron a participar en la contienda, han resultado víctimas del paso del tiempo y del

olvido. La Guerra Civil española atrajo a un gran número de ciudadanos de otros países, como es el caso de James R. Jump, muchos de ellos intelectuales que vinieron a defender sus ideales y que plasmaron en sus historias la experiencia vivida durante el conflicto. Sin embargo, debido en muchas ocasiones a la ausencia de traducciones al español, son pocas las voces que han llegado hasta nosotros y, por lo tanto, infinitas las que han permanecido excluidas de la narrativa imperante acerca de la Guerra Civil, a excepción de autores como George Orwell, Ernest Hemingway, André Malraux o Arthur Koestler. La colección Armas y Letras, ahora en su segunda etapa en Ediciones Universidad de Salamanca, tiene como objetivo principal desenterrar estos textos y ponerlos a disposición del público para ampliar la narrativa tradicional acerca del conflicto bélico y para demostrar que, por muchos años que hayan pasado, aún queda mucho por decir.

*El brigadista que se enamoró. Memorias de la Guerra Civil* es el último volumen de esta colección. Se publicó en inglés en 2021, editado por The Clapton Press, Londres. La obra salió a la luz gracias a los esfuerzos de Jim Jump, hijo del autor y secretario de la International Brigade Memorial Trust (IBMT), que reunió los relatos y poemas de su padre y decidió que, finalmente, había llegado el momento de dar comienzo a su difusión. Tan solo tres años después de la publicación del original, el grupo de investigación (GIR) «Los internacionales y la Guerra Civil española: literatura, compromiso y memoria» de la Universidad de Salamanca nos brinda la traducción al español de la obra. En el volumen, encontramos las memorias del británico James R. Jump (1916-1990), que vino a España a luchar en el bando republicano desde noviembre del 1937 hasta finales del 1938. Empujado por sus fuertes convicciones políticas, el joven se alistó en las Brigadas Internacionales. Dado su buen dominio del español, idioma que ya había estudiado durante sus años en la escuela de Wallasey, cerca de Liverpool, Jump desempeñó numerosas labores relacionadas con la lengua para facilitar la comunicación dentro del heterogéneo grupo de personas que por entonces componía las Brigadas Internacionales. Destaca, sobre todo, su labor como intérprete, que aparece reflejada con frecuencia en su testimonio y que, como él mismo afirma, a menudo venía acompañada de diferentes tareas y favores que requerían el conocimiento de inglés y español (p. 114). No obstante, su dominio del español no solo condicionó las tareas que le fueron asignadas durante el conflicto, sino también su vida personal, puesto que antes de marcharse a España Jump conoció a la que terminaría siendo su esposa, Cayetana Lozano, mientras trabajaba como voluntario en Sussex, concretamente en los hogares que acogieron a 4000 niños vascos y a sus tutoras (entre ellas, Lozano) en una expedición que los llevó al sur de Inglaterra tras el bombardeo de Guernica para librar a los menores del sufrimiento de la guerra. Como apunta Jesús Baigorri Jalón (p. 17), «el brigadista que se enamoró» hace referencia al enamoramiento de Jump por su esposa, pero también a su enamoramiento por España y por el español, un sentimiento que trasluce a través de sus palabras y de su forma de describir España, sus costumbres y sus paisajes.

*El brigadista que se enamoró. Memorias de la Guerra Civil* se podría encuadrar dentro del relato testimonial. Antes de marcharse a la guerra, el autor trabajaba como reportero en un periódico y las dotes periodísticas que desarrolló son evidentes en la precisión y la atención al detalle que se observan a lo largo del libro, sobre todo si tenemos en cuenta que lo escribió años después del conflicto basándose en las notas que había tomado. No

obstante, la obra se lee con la fluidez y la agilidad de una novela; no falta el humor, sutil y perspicaz, a la hora de narrar vivencias cotidianas y piques entre compañeros, como el que describe con Vicente Terol, que siempre le pedía cigarrillos, pero nunca compartía con él el chocolate que robaba (p. 139). Cada capítulo termina con uno o varios poemas del autor que dibujan estampas casi tangibles de su experiencia.

James R. Jump comienza narrando los preparativos de su partida a España, que consiguió organizar no sin ciertas dificultades debidas a la vigilancia del gobierno inglés, que buscaba evitar la participación de sus ciudadanos en la guerra, en concordancia con lo estipulado en el Acuerdo de No Intervención firmado en agosto de 1936. Seguidamente, lleva a cabo un recorrido lineal por su participación en el conflicto desde su viaje a España hasta su regreso a Reino Unido. Destacan las magníficas descripciones de los paisajes que va recorriendo, de Tarazona de la Mancha, «un batiburrillo de casas de todas las formas y tamaños, con nada homogéneo entre ellas más allá de los tejados rojos» (p. 109), el Mar Mediterráneo y Albacete, así como los apuntes sobre las costumbres locales y los choques culturales que experimentan en ocasiones él y sus compañeros de distintas nacionalidades, pero también los españoles con los que tienen contacto, como ocurre en la cena que organizan en casa de una familia de Tarazona para comer el *plum pudding* que la familia de Jump le envía por Navidad: «...toda la familia, desde la abuela hasta el niño más pequeño, lo miró con admiración e incluso respeto. Les animamos a que lo probasen, pero ninguno de los adultos se atrevió» (p. 127). Un aspecto que resulta, a mi parecer, especialmente valioso en esta obra es la abundancia de episodios entrañables y descripciones de momentos agradables, puesto que, en ocasiones, cuando leemos sobre historia, es fácil olvidar que no todo fueron grandes batallas y que la vida no se desarrollaba solo en el frente; las personas tenían su propia cotidianidad, que, ya fuera buena o mala, era la que les había tocado vivir, y en ella, además del sufrimiento y las adversidades, también tenían cabida la amabilidad y la calidez del contacto humano. El momento en el que se para el tren en el que se dirigen hacia el norte en una pequeña localidad a las afueras de Valencia y el pueblo entero se acerca a saludarlos, intercambian con ellos comida, cigarrillos y chocolate e incluso celebran un concierto improvisado en el andén (p. 149) es un ejemplo de este tipo de estampa.

No obstante, a pesar de la ligereza de momentos como este, la obra refleja a la perfección la crueldad de la guerra y, a partir del capítulo 10, cuando Jump tiene que interpretar a un oficial que anuncia la ejecución de dos camaradas por desertión (p. 162), el tono del libro cambia sustancialmente. Los capítulos 13, 14 y 15 reflejan el momento culmen de la desgarradora experiencia de Jump en la contienda. En Gandesa, Corbera, Sierra de Caballs, la Cota 481 y la 666, el autor ve que la tragedia puede alcanzarle y siente miedo, como él mismo confiesa: «No recuerdo tener miedo a morir, aunque era consciente de que era una posibilidad muy real. Lo que más me asustaba eran las lesiones irreversibles. A veces, solo pensar en que podría quedarme ciego o perder una extremidad me horrorizaba» (p. 190). Tras relatar su paso por distintos hospitales para curar la grave ictericia que terminó afectándole en el capítulo 16, el libro concluye con el regreso a casa de Jump y, en concreto, con la noticia de la muerte de su padre, que recibe tan pronto baja del tren el 8 de diciembre de 1938 en la estación de Victoria,

en Londres, y que le ocasiona una profunda tristeza que acaba con la ilusión que llegó a sentir al saber que sería repatriado.

Además de la relevancia del contenido, destaca la calidad de la edición de este volumen, que cuenta con una meticulosa introducción de Jesús Baigorri Jalón a la que ya nos hemos referido; un prólogo de Paul Preston, que se centra en las peculiaridades que hacen de estas memorias una obra única y proporciona valiosos apuntes históricos que añaden contexto al relato de Jump; un preámbulo de Jack Jones, también brigadista internacional británico y, por último, un epílogo de Jim Jump, el hijo del autor, que aporta más detalles acerca de la vida de James y de Cayetana después del conflicto bélico y se pregunta por qué estas memorias no se publicaron cuando su padre aún estaba vivo. Cabe destacar, asimismo, el excelente trabajo de la traductora, Elena Rodríguez Murphy, cuya minuciosa labor de documentación resulta evidente en las notas (N. de la T.) que acompañan al texto aportando información y aclaraciones útiles para cualquier lector.

No cabe duda de que *El brigadista que se enamoró* tiene mucho que decir a quien quiera escuchar, ya sea con pretensiones académicas o por mero interés por el tema que trata. Se ha escrito mucho sobre la Guerra Civil española, pero, a menudo, quienes han tenido la palabra han sido personas que no vivieron el conflicto de primera mano. Por este motivo, en mi opinión, las obras testimoniales como la que hoy nos ocupa son siempre importantes, relevantes y necesarias. Además, como ya hemos mencionado, este volumen expande el corpus de literatura escrita por personas de otros países que vinieron a España a luchar por lo que creían justo, un corpus al que aún quedan muchos textos por añadir, pero que ha ido creciendo durante los últimos años gracias a proyectos como el de la colección Armas y Letras. Por último, merece la pena detenerse en el rigor documental de la obra, que amplía en las notas a pie de página la información de Jump con numerosos apuntes historiográficos y contextuales que se apoyan en una bibliografía sólida y completa. Se aporta información adicional sobre el origen de las canciones que aparecen en la historia, sobre diferentes escenarios que recorre el autor y sobre personajes que menciona. Estos apuntes enriquecen el texto y, así como la bibliografía en la que se basan, pueden ser de gran utilidad en una lectura académica del volumen. No obstante, gracias al estilo fresco, sencillo y directo del autor, la obra resulta muy accesible para el público general, una gran virtud, en mi opinión, puesto que le garantiza una mayor difusión y, así, ayuda a que la historia se siga transmitiendo, no solo estudiando y analizando. Esta dualidad, este carácter ambivalente que otorga a la obra un gran rigor académico y, al mismo tiempo, la mantiene atractiva e interesante a ojos del público no experto, la convierte, sin duda, en un excelente vehículo que asegurará que el diálogo acerca de este episodio de nuestra historia, sobre el que aún queda mucho por decir, siga con vida en todos los ámbitos.